

## El gobierno británico y la guerra de España: Apaciguamiento y No Intervención

Enrique Moradiellos

Desde el mismo comienzo de la guerra civil española de 1936-1939, la política practicada por el gobierno conservador británico ante el conflicto ha sido objeto de aguda controversia política e historiográfica. En gran medida, tal polémica refleja a su vez el tremendo y divisivo impacto de dicho conflicto en la opinión pública y la vida política británica. Ese impacto fue ya apreciado en mayo de 1938 por el duque de Alba, agente oficioso en Londres del bando insurgente liderado por el general: «Nuestra guerra ha pasado a ser el tópico que más apasiona y divide a los políticos y a la opinión pública de la Gran Bretaña».<sup>104</sup> Un cuarto de siglo después, el primer estudio académico solvente sobre el tema reafirmaba sin duda la certeza de aquel juicio: «Probablemente ningún ‘acontecimiento exterior’ ha dividido de un modo tan agudo al pueblo británico desde la Revolución Francesa».<sup>105</sup> Y más recientemente, el último análisis historiográfico sobre Gran Bretaña y la guerra de España abría sus páginas con las siguientes palabras:

«Los británicos no siempre se han sentido tan intensamente afectados por las guerras de otros pueblos como lo fueron por la Guerra Civil Española. De hecho, de todos los conflictos exteriores del siglo XX en los que Gran Bretaña no se ha visto involucrada directamente, la guerra de España ha sido con mucho la que mayor impacto ha tenido en la vida cultural, social y política británica»<sup>106</sup>

Sin duda alguna, una de las razones principales del extraño y apasionado interés británico por la guerra civil reside en el momento y dura-

<sup>104</sup> Despacho para el Generalísimo, 3 de mayo de 1938. Custodiado en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), serie “Archivo Renovado”, legajo 833, expediente 18. En adelante: AMAE R.833/18.

<sup>105</sup> WATKINS, Kenneth W., *Britain Divided. The Effect of the Spanish Civil War on British Political Opinion*, Londres, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1963, p. viii.

<sup>106</sup> BUCHANAN, Tom, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 1.

ción de la tragedia española: justo a la par y conectada con el inexorable deterioro de la situación europea y con el descenso de Gran Bretaña hacia la Segunda Guerra Mundial. De hecho, para los británicos contemporáneos la importancia de la guerra radicaba en su valor simbólico y analógico: tanto para los que la concebían como un ensayo general de la inminente guerra contra el nazi-fascismo como para los que la interpretaban como una avanzada prematura del ineludible conflicto entre Occidente y el comunismo. En ambos casos, todos comprendieron el íntimo entretejimiento que había entre la lucha española y la crisis europea de la década de 1930. Un editorial del influyente diario conservador *The Times* (8 de septiembre de 1936, "Europa y España") recogió certeramente este hecho: "(la guerra de España) puede considerarse como un espejo de-formante en el que Europa contempla una imagen exagerada de sus propias divisiones". Y en el seno del Foreign Office (Ministerio británico de Relaciones Exteriores), Sir George Mounsey, subsecretario adjunto a cargo del Departamento de Europa occidental, reconoció internamente que el conflicto español, por sus repercusiones internacionales «es una de las amenazas más graves, si no la mayor, a que el mundo ha tenido que enfrentarse desde la Gran Guerra».<sup>107</sup>

No obstante, y a pesar de este hecho, la historiografía sobre la política exterior británica en la década de los treinta ha tendido a descuidar en sus análisis esa conexión esencial entre el conflicto español y la crisis europea. Aún más: ha interpretado la respuesta británica ante la guerra española como si fuera un caso marginal, periférico y separado de la política general europea del gabinete británico. En otras palabras: ha desvinculado la política británica de No Intervención en España de la política británica de Apaciguamiento en Europa. Y, sin embargo, a nuestro leal saber y entender, dicha política española del gabinete británico fue parte sustancial y constitutiva de su política general ante la crisis europea de finales de los años treinta.

Los historiadores de la política británica ante la guerra civil están básicamente de acuerdo en un hecho clave: tal política tuvo una influencia decisiva en el curso y desenlace del conflicto. En particular, fue muy favorable en la práctica para el ejército insurgente y representó un obstáculo grave para el esfuerzo bélico del gobierno republicano. Ciertamente,

---

<sup>107</sup> Minuta, 13 de agosto de 1936. Archivo del Foreign Office (FO), serie de "General Correspondence" (código 371), legajo 20534, documento W9331. En adelante se citará: FO 371/20534 W9331. A menos que se indique lo contrario, todos los archivos británicos citados se hallan en el ex Public Record Office, actual The National Archives (Kew, Surrey).

ése fue el resultado de la política de No Intervención promovida por Francia y Gran Bretaña y adoptada por todos los gobiernos europeos en agosto de 1936, cuando se firmó el Acuerdo de No Intervención y se creó el Comité de Londres, encargado de velar por su cumplimiento.

La aplicación de la No Intervención colectiva perjudicó a la República en dos sentidos básicos. Primeramente, significaba la imposición de un embargo de armas y municiones a ambos bandos contendientes sin reconocimiento paralelo de sus derechos de beligerancia, equiparando así *de facto* a los rebeldes con el gobierno legítimo en este aspecto crucial de los suministros militares. En segundo lugar, el embargo correspondiente fue aplicado básicamente contra la República, dado que Alemania e Italia continuaron su vital apoyo material a los insurgentes pese a firmar el Acuerdo, mientras que Gran Bretaña cumplió estrictamente el embargo e hizo que lo respetasen una Francia renuente y los demás países europeos. De este modo, se creó una estructura de apoyos e inhibiciones muy perjudicial para la República a largo plazo, que nunca pudo ser compensada por la limitada y costosa ayuda soviética.

Pese a las declaraciones públicas de imparcialidad, los medios oficiales británicos eran muy conscientes del efecto desigual de su política no-intervencionista. En diciembre de 1938, un memorándum secreto del agregado militar británico ante la República reconocía que: "las repercusiones de dicha política sobre el problema de armamento de las fuerzas republicanas han sido, para decir lo mínimo, funestas". Un mes después, Sir Robert Vansittart, subsecretario permanente del Foreign Office, admitía en privado ante sus subordinados y superiores: "El curso completo de nuestra política de No Intervención -que en realidad, como todos sabemos, operó de un modo enteramente partidista- ha estado favoreciendo la victoria de Franco".<sup>108</sup> En el bando insurgente, Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y su primer y más cercano consejero político durante la guerra, apreció esa ventaja con posterioridad: "¿Fue la 'no-intervención' obra maestra de la política del Eje? ¿Nos favoreció? Hoy pienso que fue útil". Por su parte, Pedro Sainz Rodríguez, dirigente monárquico y primer ministro de Educación del general Franco, también reconoció ese hecho en sus memorias:

«Muchos españoles, desorientados por la propaganda anti-inglesa del régimen de Franco, creen de buena fe que conseguimos nuestra victoria exclusivamente por la ayuda italiana y alemana; yo tengo la convicción de que, si bien

---

<sup>108</sup> *Report by Major Richards*, 9-XII-1938. Archivo del Foreign Office, serie de "Confidential Prints" (425), legajo 415: FO 425/415. Memorándum de Vansittart, 16-I-1939. FO 371/24115 W9673.

ésta contribuyó, la razón fundamental por la que ganamos la guerra fue la actitud diplomática de Inglaterra, que se opuso a una intervención en España»<sup>109</sup>

La importancia de la actitud del Reino Unido ante el conflicto español derivaba de su condición de primera potencia europea y de la entidad de sus intereses estratégicos y económicos en España. Sobre este último aspecto, deben recordarse tres factores esenciales: 1º) que la base naval de Gibraltar era clave para el control británico del Mediterráneo y las comunicaciones con la India, dependiendo su seguridad de la benevolencia española; 2º) que Gran Bretaña era el cliente comercial más importante de España, absorbiendo el 25 por ciento de sus exportaciones y proporcionando el 10 por ciento de sus importaciones; y 3º) que el capital británico representaba el 40 por ciento de las inversiones extranjeras en el país, concentrándose mayormente en la minería del hierro y piritas.

En consonancia con la entidad de esos intereses, el Foreign Office británico examinó con atención la crítica situación española desde 1931, tras la implantación de una República democrática embarcada en un amplio programa de reformas sociales e institucionales. La persistencia de agudos conflictos socio-políticos, particularmente tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, acabó por convencer a los gobernantes británicos de que España había entrado en un proceso de crisis revolucionaria, probablemente fomentado por la Internacional Comunista, que el gobierno republicano era incapaz de resolver o contener. En esas circunstancias, a la altura de junio de 1936, el Foreign Office había descartado la esperanza de una salida constitucional a la crisis y esperaba, o bien una intervención militar para restaurar el orden, o bien una guerra civil con sus amagos de revolución social colectivista.<sup>110</sup>

La cristalización de esta imagen de la crisis española fue paralela al inicio de la política británica de aproximación a la Italia fascista, como parte de su política general de apaciguamiento en Europa. La causa de esta última radicaba en el grave dilema planteado a las autoridades británicas en su planificación estratégica y diplomática. Desde el comienzo de la depresión económica de 1929, un Imperio Británico disperso y debilitado se veía amenazado en tres zonas distantes por potencias revisionistas del *statu quo* internacional: Japón en el Extremo Oriente, la Alemania nazi en Europa central, e Italia en el Mediterráneo. Gran Bretaña carecía

---

<sup>109</sup> SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 234-35. La cita previa de Serrano Suñer en *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona, Nauta, 1973, p. 235.

<sup>110</sup> MORADIELLOS, Enrique, *Neutralidad benévola. El gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Oviedo, Pentalfa, 1990.

de recursos militares o económicos para enfrentarse en solitario a las tres amenazas simultáneamente y, al contrario que durante la Gran Guerra de 1914-1918, tampoco podía contar con el firme apoyo de una Francia muy debilitada, de unos Estados Unidos aislacionistas y de una Rusia zarista desaparecida y sustituida por una peligrosa Unión Soviética. En tales condiciones, el apaciguamiento era una estrategia diplomática para evitar la pesadilla de una guerra en tres frentes mediante la negociación de cambios razonables en el *statu quo* con los miembros más débiles (Italia) o más cercanos (Alemania) de la trilogía potencialmente hostil. La consecuente renuencia a contemplar la guerra como potencial solución estaba, además, reforzada por la convicción estratégica de hallarse ante un insoluble dilema entre necesidades y capacidades defensivas, como habían recordado nuevamente los Jefes de Estado Mayor a mediados de junio de 1936, justo un mes antes del estallido de la guerra española :

«Hemos subrayado en más de una ocasión que es de primordial importancia para los intereses estratégicos británicos que nos veamos libres de compromisos en el Mediterráneo, a fin de que nuestros dispositivos defensivos se ajusten a la amenaza de hostilidades en el Lejano Oriente [frente a Japón] o en Europa [ante Alemania], y a fin de lograr el tiempo necesario para renovar nuestras fuerzas militares. Es evidente que para ello debemos retornar cuanto antes a un estado de relaciones amistosas con Italia y que el período de antagonismo [abierto con la conquista italiana de Abisinia en el otoño de 1935] no debe prolongarse innecesariamente»<sup>111</sup>

Desde junio de 1936, el objetivo prioritario de la diplomacia británica sería restaurar la armonía política con Italia para estabilizar la situación en el Mediterráneo y evitar su alineamiento con Alemania. Además de las consideraciones estratégicas, propiciaba dicha política el deseo de evitar una carrera de armamentos cuyas exigencias financieras pondrían en peligro la recuperación económica y el equilibrio socio-político de Gran Bretaña y su imperio (la famosa opción entre "cañones o mantequilla"). En el mismo sentido, actuaba la convicción británica de que una guerra generaría amplias ocasiones para la expansión del comunismo y su sospecha sobre las intenciones revolucionarias de la Unión Soviética. Éstos eran los pilares básicos de la política de apaciguamiento británica du-

---

<sup>111</sup> *Report by the Chiefs of Staff Sub-Committee. Problems facing His Majesty's Government in the Mediterranean as a result of the Italo-League Dispute*, 18 de junio de 1936. Archivo del Gabinete (Cabinet Office Records, signatura CAB), serie "Cabinet Office Papers and Memoranda" (clave 24), legajo 263. En adelante se citará abreviadamente: CAB 24/263.

rante la década de los años treinta.<sup>112</sup>

Por consiguiente, antes del estallido de la guerra civil española, la preocupación antirrevolucionaria acerca de España y la búsqueda de una *entente* mediterránea con Italia era conceptos conjugados en los análisis del Foreign Office. Ambos conformarían los ejes básicos para formular la reacción británica ante el conflicto que comenzó el 17 de julio de 1936, bajo la forma de una amplia insurrección militar contra el gobierno republicano. El fracaso parcial del golpe en numerosas áreas, incluyendo Madrid y Barcelona, lo transformó rápidamente en una sangrienta guerra civil. Dado que ningún bando tenía los recursos necesarios para librar la misma, tuvieron que recurrir de inmediato al apoyo exterior. El general Franco solicitó ayuda de Mussolini y Hitler, que comenzaron a enviarla secretamente a fines de julio. El gobierno republicano, muy afectado por el colapso de las instituciones estatales, pidió apoyo al nuevo gabinete frentepopulista de Francia. Y tanto los insurgentes como la República trataron de obtener la asistencia indirecta del gobierno británico.<sup>113</sup> Estos hechos forzaron una respuesta urgente de las autoridades del Reino Unido ante la crisis, sobre todo porque toda su política de apaciguamiento peligraría si el aliado francés se comprometía con la República mientras Italia y Alemania ayudaban a Franco.

La reacción británica consistió en adoptar una política de neutralidad tácita (esto es: no proclamada formalmente) y benévola hacia la insurrección militar. El objetivo esencial de dicha política era evitar cualquier ayuda directa o indirecta a un bando gubernamental cuya legalidad formal encubría un proceso revolucionario y, a la par, eludir cualquier enfrentamiento con unas fuerzas rebeldes contra-revolucionarias. No en vano, los diplomáticos británicos en España habían advertido que «hoy no existía ningún gobierno» y que «de un lado estaban actuando fuerzas militares y de otro se les oponía un Soviet virtual». La intensidad del temor antirrevolucionario suscitado por la guerra española entre los gobernantes británicos queda manifiesta en la siguiente anotación reservada

---

<sup>112</sup> Cf. SCHMIDT, Gustav, *The Politics and Economics of Appeasement. British Foreign Policy in the 1930s*, Leamington Spa, Berg, 1984. KENNEDY, Paul, *The Realities behind Diplomacy. Background Influences on British External Policy*, Londres, Fontana, 1981. PARKER, R. A. C., *Chamberlain and Appeasement. British Politics and the Coming of the Second World War*, Londres, Macmillan, 1993. THOMAS, Martin, *Britain, France and Appeasement*, Oxford, Berg, 1997.

<sup>113</sup> Una panorámica actualizada de ese proceso de internacionalización y sus consecuencias en MORADIELLOS, E., “El Mundo ante el avispero español: Intervención y No-Intervención extranjera en la guerra civil”, en Santos JULIÁ (coord.), *República y guerra en España*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, pp. 287-361.

de Sir Maurice Hankey, secretario del gabinete británico y del comité de defensa imperial:

En el estado actual de Europa, con Francia y España amenazadas por el bolchevismo, no es inconcebible que dentro de poco nos conven-ga unirmos a Italia y Alemania.<sup>114</sup>

Esa política de neutralidad tácita y benévola se reflejó muy pron-to en cuatro medidas cruciales: 1) la inmediata expulsión de la flota repu-blicana del puerto de Gibraltar, que fue neutralizado durante toda la gue-rra; 2) la imposición de un embargo secreto de armas al gobierno repu-blicano; 3) la presión sobre Francia para que secundara esa política y de-negara el auxilio pedido por la República; y 4) la evitación de cualquier enfrentamiento con Italia y Alemania debido a su apoyo a Franco. El conocimiento de esta política británica contribuyó poderosamente a re-frenar la decisión inicial francesa en favor de la República, a la par que convenció a Hitler y Mussolini de que el envío de una ayuda pequeña y encubierta no encontraría oposición en Londres y podría proporcionar ventajas diplomáticas y quizá estratégicas.<sup>115</sup>

En ese contexto, el Acuerdo de No Intervención firmado en agosto de 1936, con su correspondiente compromiso de embargo de ar-mas y municiones, proporcionó la cobertura diplomática necesaria para proseguir esa política de neutralidad británica. Además, con su mera exis-tencia y apariencia de operatividad, el Acuerdo y su Comité de supervi-sión sirvieron como instrumentos esenciales para salvaguardar los objeti-vos diplomáticos establecidos por el Foreign Office: confinar la guerra en España y, al mismo tiempo, refrenar la intervención francesa, evitar el alineamiento con la Unión Soviética y eludir el conflicto con Italia y Alemania. A este respecto, Stanley Baldwin, primer ministro británico, había dado una directriz neutralista clara y temprana (26 de julio de 1936) a su secretario del Foreign Office, Anthony Eden: “De ningún modo,

---

<sup>114</sup> *The future of the League of Nations*, by Sir Maurice Hankey, 20-VII-1936. FO 371/20475 WW11340. La cita previa es de un telegrama del secretario de la embajada británica en España, 21-VII-1936. FO 371/20523 W6575.

<sup>115</sup> De los estudios más solventes consagrados al tema cabe destacar: AVILÉS, Juan, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil*, Madrid, Eudema, 1994. SAZ, Ismael, *Mussolini contra la Segunda República*, Valencia, IVEI, 1986. CO-VERDALE, John, *La intervención fascista en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 1979. VIÑAS, Ángel, *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2001. WHEALEY, Robert, *Hitler and Spain*, Lexington, U.P. of Kentucky, 1989. Mor-ten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003. SAGNES, Jean y CAUCANAS, S. (eds.), *Les Français et la guerre d'Espagne*, Perpiñán, Universidad de Perpiñán, 1990.

con independencia de lo que haga Francia o cualquier otro país, debes meternos en la lucha al lado de los rusos".<sup>116</sup> El carácter diferencial y sólo veladamente antirrepublicano de esa neutralidad refleja y tácita no era un secreto para nadie en los círculos oficiales. Como afirmaría el ministro del Almirantazgo en una nota interna para sus subordinados :

«Por el momento parece claro que debemos mantener nuestra política de neutralidad. (...) Cuando hablo de "neutralidad" quiero decir estricta neutralidad : una situación en la que los rusos ni oficial ni extraoficialmente den ayuda a los comunistas. En ningún caso debemos hacer nada que estimule el comunismo en España, especialmente si tenemos en cuenta que el comunismo en Portugal, adonde probablemente se extendería y sobre todo a Lisboa, sería un grave peligro para el Imperio británico»<sup>117</sup>

Por tanto, para las autoridades británicas, desde el principio, la política colectiva de No Intervención contenía el germen de la impostura, puesto que su fin real no era el declarado (evitar la intervención exterior) sino la salvaguardia de los objetivos diplomáticos establecidos. Como se reconocía en un memorándum interno del Foreign Office: «nosotros hemos considerado la existencia continua del Acuerdo y del Comité de supervisión como de mayor importancia que la eficacia real del propio embargo». La No Intervención era así el medio idóneo para ejecutar una política definida claramente por Winston Churchill (entonces un mero pero influyente diputado conservador) en una carta privada a Eden:

«Considero que lo más importante es hacer que Blum {Léon Blum, premier socialista francés} permanezca con nosotros estrictamente neutral, incluso si Alemania e Italia continúan ayudando a los rebeldes y Rusia envía dinero al gobierno»<sup>118</sup>

La estrategia política neutralista formulada por el Foreign Office a fines de julio y primeros de agosto de 1936 respondía a dos factores condicionantes fundamentales.

El primer factor lo constituía la preferencia por una victoria de los militares insurgentes, que parecía ser menos peligrosa para los intereses británicos en España y Europa que la victoria de un gobierno apa-

<sup>116</sup> Citado en las memorias del asesor de Baldwin, JONES, T., *A Diary with Letters, 1931-1950*, Oxford, OUP, 1954, p. 231.

<sup>117</sup> Minuta de sir Samuel Hoare, 5 de agosto de 1936. FO 371/20527 W7781.

<sup>118</sup> Carta fechada el 7 de agosto de 1936. Archivo del Foreign Office, serie "Eden Papers", FO 954/27. La cita previa es de un memorándum del 16 de noviembre de 1936. FO 371/20585 W15624.



rentemente inmerso en un proceso de revolución social. El siguiente juicio de un analista diplomático británico sintetiza con bastante crudeza la impresión dominante en los círculos oficiales del Reino Unido:

«... (los informes de España) demuestran con bastante claridad que la alternativa a Franco es el comunismo atemperado por la anarquía; y creo además que si este último régimen triunfa en España se extenderá a otros países, y especialmente a Francia»<sup>119</sup>

El segundo factor era la necesidad de preservar el consenso socio-político en Gran Bretaña, donde la fortaleza sindical del laborismo y la creciente simpatía de la opinión pública por la República impedían la aplicación de políticas más favorables a los insurgentes (como hubiera sido la neutralidad oficial o el apoyo directo). Este hecho fue pronto descubierto por el gobierno portugués, que preguntó confidencialmente al Foreign Office si estaba dispuesto a impedir "el establecimiento de un régimen comunista en España" y recibió esta respuesta: «Inglaterra no intervendría militarmente en España, sea cual sea la situación en ese país. El gobierno británico no tendría el apoyo de su opinión pública».<sup>120</sup>

La importancia combinada de ambos factores condicionantes fue reconocida en privado por David Margesson, jefe del grupo parlamentario conservador, al representante italiano en Londres:

«Nuestro interés, nuestro deseo, es que la revolución (de los militares) triunfe y el comunismo sea aplastado, pero por otra parte no queremos salir de nuestra neutralidad. (...) Este es el único modo posible de contrarrestar la agitación laborista»<sup>121</sup>

En paralelo a esos factores, la estrategia política británica se vertebraba sobre dos supuestos implícitos de enorme importancia.

<sup>119</sup> Minuta de Gladwyn Jebb (Departamento de Europa occidental), 25-XI-1936. FO 371/20570 W15925.

<sup>120</sup> Telegrama del encargado de negocios portugués en Londres a Lisboa, 21-VII-1936. *Dez Anos de Política Externa, 1936-1945*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1964, vol. 3, documento 24. Las encuestas de opinión mostraron que, por término medio, del 58% de la población británica apoyaba a la República, el 8% a Franco, y el 34% no contestaba. *News Chronicle*, 28 de octubre de 1938. Cfr. MORADIELLOS, E., "Una guerra civil de tinta: la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante el conflicto español", *Sistema* 164, 2001, pp. 69-97.

<sup>121</sup> Recogido en un telegrama del diplomático italiano a Roma, 29-VII-1936. Reproducido en SAZ, I., *Mussolini contra la Segunda República*, pp. 204-5.

Primeramente, la expectativa de que la guerra sería breve, puesto que las inexpertas y mal abastecidas milicias obreras republicanas no podrían contener el avance de un ejército regular, experimentado y abastecido por dos potencias militares de Europa. Por tanto, la conquista de Madrid parecía ser un hecho inevitable y una ocasión oportuna para proclamar oficialmente la política de neutralidad formal. No en vano, el servicio secreto había predicho a mediados de agosto que una «resistencia prolongada (en Madrid) es, así pues, improbable», y el Foreign Office actuaba «con la esperanza de que la guerra civil sería de corta duración».<sup>122</sup>

En segundo lugar, la convicción de que la "diplomacia de la libra esterlina" permitiría conseguir la benevolencia del futuro régimen militar español, porque éste habría de recurrir necesariamente al mercado comercial y financiero británico para emprender la reconstrucción postbélica del país. Un informe del secretario comercial en la embajada había confirmado esta arraigada premisa:

«...cuando la guerra haya terminado, España tendrá unas necesidades de importación muy superiores a sus requerimientos normales. (...) El país carecerá de divisas y tendrá una grave necesidad de grandes créditos exteriores (...). En cualquier caso, el país obvio donde conseguir tales créditos será Gran Bretaña»<sup>123</sup>

En el marco de la estrategia política apuntada, se aprecia mejor una característica esencial y poco resaltada de la No Intervención británica en la guerra española: se trataba de una versión específica, periférica, de la política general de apaciguamiento en Europa. De hecho, la No Intervención británica se acopló sistemáticamente a los parámetros establecidos por dicha política.

Hasta diciembre de 1936, hubo notable unanimidad en el gabinete y el Foreign Office sobre el perfil de la política española practicada. Las críticas se redujeron a pequeñas secciones de la opinión pública, el laborismo y la izquierda. Sin embargo, a finales de año, la situación interior e internacional comenzó a variar sustancialmente.

Ante todo, los republicanos fueron capaces de resistir en Madrid, gracias en gran medida a la ayuda militar soviética que comenzó en octu-

---

<sup>122</sup> Sumario informativo, 14-VIII-1936. Archivo del Ministerio de la Guerra (War Office), serie "Directorate of Military Operations & Intelligence" (106), legajo 1576: WO 106/1576. Memorándum, 16-XII-1936. FO 371/21383 W3018.

<sup>123</sup> Memorándum de Arthur Pack, 30-X-1936. FO 371/20519 W14919.

bre. En segundo lugar, Hitler y Mussolini decidieron intensificar su apoyo militar y diplomático a Franco. A fines de 1936, ambos habían concluido que la victoria franquista no sería posible con meros envíos de armas y pequeños contingentes de soldados, sino que requería cuerpos de ejército completos. El resultado fue el envío de la Legión Cóndor alemana (5.000 soldados de modo permanente; 19.000 en total) y de cuatro divisiones italianas (40.000 soldados de modo permanente; 79.000 en total). En tercer lugar, la descarada intervención de las potencias del Eje reforzó el apoyo popular británico hacia la República y las demandas laboristas contra el mantenimiento del embargo de armas a la misma. Todos estos procesos provocaron el colapso parcial de la estrategia política británica, puesto que destruyeron el supuesto de la guerra breve y arruinaron el confinamiento de la lucha logrado por el sistema de No Intervención.

El gobierno británico se vio obligado a reajustar su política española a las nuevas condiciones de guerra larga y masiva intervención de las potencias del Eje. En este proceso de análisis y reajuste, aparecieron las primeras divisiones en el gabinete y el Foreign Office sobre las respuestas requeridas por los cambios. Desde entonces, la política británica ante el conflicto atravesó dos fases bien perceptibles.

Entre enero de 1937 y febrero de 1938, la conducta del gabinete británico reflejó un precario equilibrio entre las tesis de Anthony Eden, secretario del Foreign Office, y la mayoría del gabinete, encabezado por Neville Chamberlain, nuevo primer ministro desde el mes de mayo (tras la retirada de un Baldwin enfermo).

Eden estaba preocupado por el creciente expansionismo del Eje y su amenaza potencial a los intereses del Reino Unido. En consecuencia, favorecía una política firme de No Intervención, con el propósito de confinar la guerra y promover una mediación internacional que evitara el surgimiento de un régimen español aliado al Eje. A su juicio, España era la piedra de toque para comprobar la viabilidad del apaciguamiento de Italia. Por eso quería condicionar cualquier acuerdo anglo-italiano a una prueba de buena fe por Mussolini (mediante la retirada de sus tropas en España o su apoyo a la mediación). En enero de 1937, Eden expuso ante el gabinete las bases de su política de firmeza:

La guerra civil ha dejado de ser un asunto interno español y se ha convertido en un campo de batalla internacional. El carácter del futuro gobierno de España es ahora menos importante para la paz de Europa que el hecho de que los dictadores no obtengan la victoria en ese país.

(...) En estas condiciones, considero imperativo que no escatimemos ningún esfuerzo para detener la intervención en España (15).<sup>124</sup>

En oposición a Eden, Chamberlain consideraba que había posibilidades reales de separar a Italia de Alemania (debido a su latente antagonismo en Austria y los Balcanes). A su juicio, lograr ese objetivo era tan importante que merecía la pena correr algunos riesgos en España y condonar tácitamente la ayuda italiana a Franco. No en vano, Chamberlain seguía confiando en el valor de la "diplomacia de la libra" para la postguerra. En marzo de 1937 declaró en una reunión del gabinete:

«Había que recordar que no estábamos tratando sólo con los insurgentes españoles sino también, tras de ellos, con los alemanes e italianos. El general Franco no era un agente libre. Sin duda que esperaba triunfar, pero difícilmente sin la ayuda italiana y alemana. (...) Por tanto, insistir en la propuesta no sólo era inútil sino que llevaría a una situación muy grave con Alemania e Italia. Sin embargo, suponiendo que Franco hubiese ganado la guerra civil, la situación sería muy diferente porque entonces se encontraría buscando la ayuda de otros países además de la de Alemania e Italia. Ese sería el momento de ejercer fuerte presión sobre él. ... ése sería el momento para actuar (16)»<sup>125</sup>

Debido a esas tendencias subyacentes, la política británica en 1937 mostró caracteres ambiguos y contradictorios. Por un lado, hubo iniciativas inspiradas en la política de firmeza de Eden: la imposición del control naval y terrestre de No Intervención (a fines de marzo); el rechazo al bloqueo naval de Bilbao por la flota franquista (en el mes de abril); y, sobre todo, la conferencia de Nyon, en septiembre de 1937, que acabó resolutivamente con los ataques anónimos en el Mediterráneo contra el tráfico mercante (obra de submarinos italianos). Por otra parte, siguiendo las tesis de Chamberlain, prosiguió la tolerancia tácita de la ayuda italo-germana a Franco; la negativa a condonar cualquier ayuda francesa a la República; y la persistente búsqueda de un medio para mejorar las relaciones anglo-italianas.

En febrero de 1938, con la anexión nazi de Austria en ciernes e Italia ofreciendo a Londres iniciar conversaciones para un acuerdo bilateral, la divergencia de opiniones entre Eden y Chamberlain se agudizó.

Eden sospechaba que Mussolini buscaba una victoria diplomática para compensar su renuncia a Austria y que esta renuncia revelaba un pacto secreto con Hitler: el apoyo fascista a la expansión alemana en Eu-

<sup>124</sup> Memorandum, 8-I-1937. Archivo del gabinete (CAB), serie "Committee on Foreign Policy" (código 27), legajo 628. En adelante: CAB 27/628.

<sup>125</sup> Acta del gabinete, 3-III-1937. Archivo del gabinete, serie "Cabinet Minutes & Conclusions", legajo 87: CAB 23/87.

ropa central a cambio del apoyo nazi a la expansión italiana en el Mediterráneo. Por eso había que hacer de España el campo de prueba de las intenciones de Italia respecto a los intereses británicos. Mientras esa prueba llegaba, debería tolerarse el envío de ayuda francesa a la República porque «la prolongación de la guerra durante otros seis meses aumentaría el desgaste de Italia» y una victoria de Franco «incrementaría las posibilidades de una pronta aventura de las potencias dictatoriales en otros ámbitos».

Por el contrario, Chamberlain asumía que Mussolini estaba preocupado por la llegada alemana a su frontera norteña e intentaba restablecer su previa política de "equidistancia" entre Londres y Berlín. Por tanto, favorecía la apertura de negociaciones para un acuerdo anglo-italiano sin permitir que el marginal asunto español hipotecase su logro. En los debates subsiguientes, el resto del gabinete secundó al primer ministro, forzando la dimisión de Eden y su reemplazo por Lord Halifax en el Foreign Office (17).<sup>126</sup>

La segunda fase de la política española del gabinete británico se desarrolló entre ese mes crítico de febrero de 1938 y el término de la guerra civil en abril de 1939.

Tras la dimisión de Eden, cualquier idea práctica de mediación o No Intervención fue abandonada en favor de la pronta reconciliación con Italia. Buena prueba de ello es que el Comité de supervisión sólo se reuniera una vez durante todo el año 1938. Además, con el fin de facilitar el ansiado acuerdo anglo-italiano, el gabinete británico favoreció cuanto pudo el final de la guerra con un triunfo franquista. Como anotó en su diario el secretario privado de lord Halifax: «El gobierno está rezando por la victoria de Franco». A tal fin, Londres presionó al gobierno francés para que cerrase su frontera al tránsito de material bélico soviético para la República. A principios de junio de 1938, el embajador británico en París comunicó a Georges Bonnet, ministro de asuntos exteriores francés, que su gobierno:

«... no comprendía por qué el gobierno francés era incapaz de cortar el paso de armas en la frontera con Barcelona. Sería una gran desgracia que por este motivo decayese la simpatía por Francia en Gran Bretaña. Por otra parte, sería muy lamentable que no pudiéramos recoger los frutos de nuestro acuerdo

---

<sup>126</sup> *Documents on British Foreign Policy*, 2ª serie, vol. 19, Londres, HMSO, 1982, documentos número 561, 568, 573, apéndice 1 y 2. EDEN, A., *Facing the Dictators*, Londres, Casell, 1962, pp. 579-91. *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, Londres, Collins, 1970, pp. 92-97. Las citas precedentes de Eden se extraen de su intervención ante el gabinete, 29-IX-1937. CAB 23/89.

con Italia y esto no puede tener lugar hasta que se haya logrado alguna solución en España»<sup>127</sup>

En gran parte como resultado de esta presión, a mediados de junio Francia cerró su frontera y cortó la última y única vía de suministros bélicos para la asediada República. La presión británica continuó inexorable como revela esta carta del embajador a Lord Halifax a fines de mes:

«Mañana voy a visitar a Daladier {premier francés} y haré esto ("transmitirle la importancia absolutamente vital que el gobierno de Su Majestad atribuye al cierre permanente de la frontera pirenaica"), porque estoy convencido de la importancia ... de apoyar totalmente a Bonnet en lo que me parece su lucha sincera para mantener esa frontera infernal cerrada. Me dice que hay unos ocho barcos soviéticos en ruta, cargados de material bélico, que los rusos están ansiosos de meter en España. Si lo consiguen, la guerra se prolongaría por muchos meses más»<sup>128</sup>

El desahucio anglo-francés de la República española fue sellado definitivamente en septiembre de 1938, cuando la crisis germano-checa fue solucionada por el Acuerdo de Múnich y la partición de Checoslovaquia. Lord Halifax reconoció implícitamente este hecho al declarar en noviembre ante la Cámara de los Lores:

«Desde el principio de las conversaciones entre el gobierno británico y el italiano, Mussolini siempre había dejado claro que, por razones de todos conocidas, tanto si las aprobábamos como si no, no estaba dispuesto a consentir la derrota del general Franco»<sup>129</sup>

En esas circunstancias, el gabinete aprobó el reconocimiento diplomático del gobierno de Franco a fines de febrero de 1939, más de un mes antes de que finalizara la guerra. Algunos analistas, como Sir Robert Vansittart, criticaron esa medida y expresaron su temor ante la perspectiva de una España franquista malévolamente hacia Gran Bretaña: "Tendremos un estado potencialmente hostil a lo largo de una de nuestras vías de comunicación más vitales". Pero la impresión generalizada en el Foreign Office y en el gabinete seguía creyendo que la alternativa a Franco era

---

<sup>127</sup> Telegrama del Foreign Office a Sir Eric Phipps y viceversa, 7 y 8-VI-1938. FO 371/22659 W7332 y W7352. La cita previa es de *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, p. 148.

<sup>128</sup> Phipps a Halifax, 29-VI-1938. Archivo del Foreign Office, serie "Private Collections", legajo 323. FO 800/323.

<sup>129</sup> *Parliamentary Debates. House of Lords*, 3-XI-1938, columna 1624.

peor:

«Considero un grave error suponer que el gobierno Negrín continuaría con su moderación y disciplina una vez eliminada la inmediata necesidad militar que impusieron ambas medidas. No he estado en Barcelona pero tengo la impresión de que, en España, las fuerzas de la indisciplina, anarquía, extremismo y *jacquerie* son extensas, antiguas y fuertes. Y creo que harían imposible la supervivencia del tipo de régimen que Negrín dice concebir para después de la derrota o desplome de los Blancos. La guerra continúa por la misma razón por la que comenzó. Y empezó porque un gobierno civil de Frente Popular se desintegró y abrió paso a una extensa *jacquerie*. Franco y sus amigos no vieron la manera de frenarla y, de hecho, era evidente que no había otra manera excepto con un golpe militar»<sup>130</sup>

A fin de aplacar la protesta de la opinión pública por la suerte de la República y las denuncias laboristas contra la política oficial, Chamberlain recomendó a sus ministros guardar la máxima prudencia política hacia lo que tenía que parecer un hecho consumado y no provocado:

«...debe ponerse sumo cuidado y tratar el asunto en declaraciones públicas de modo prudente y cauto. Por ejemplo, debemos evitar mostrar ninguna satisfacción ante la perspectiva de una victoria de Franco»<sup>131</sup>

En resolución, las pruebas documentales permiten deducir claramente dos conclusiones de la política británica en la guerra civil española. En primer lugar, que mucho antes del *Anschluss* de Austria y del Pacto de Múnich sobre Checoslovaquia, el conflicto español se había convertido en el escenario principal de aplicación de la política británica de apaciguamiento en Europa. En segundo orden, que dentro del gabinete y en la propia opinión pública británica, España había pasado a ser gradualmente el campo de prueba privilegiado para discutir la viabilidad y acierto (o inviabilidad y desacierto) de dicha estrategia de apaciguamiento.

Quizá la única diferencia básica entre la guerra española y los otros dos casos citados residía en el hecho de que la aguda prevención antirrevolucionaria continuó siendo un elemento clave en los análisis y decisiones del gobierno británico hasta la virtual terminación del "problema español" con una victoria total del bando franquista y la concomi-

---

<sup>130</sup> Memorándum de Mr. O'Malley (primer secretario de la embajada en España). 7-I-1939. FO 371/24147 W1415. La opinión de Vansittart se expresó en la reunión del gabinete del 23-I-1939. CAB 27/624.

<sup>131</sup> Actas del gabinete, 23-I-1939. CAB 27/624.

tante derrota absoluta del bando republicano.

Si no se presta la debida atención a este factor político- ideológico, cuidadosamente ocultado por las autoridades, resulta incomprensible la pasividad mostrada ante los crecientes riesgos estratégicos de un área vital para la defensa del imperio; un área y país que no estaba ni podía estar en la esfera de influencia alemana (como Austria) ni se trataba de "un país remoto del que no sabemos nada" (como Checoslovaquia, en desdichadas palabras de Chamberlain). Todo indica que el sacrificio de una España "roja" fue juzgado un precio razonable a cambio de la codiciada amistad de Italia y de la ilusión de preservar la paz europea y, en consecuencia, el gobierno británico tomó agua y se lavó las manos.